

Nueva vida al Mercado Central de Zaragoza: modernidad, decadencia, amenaza de derribo y renacimiento

MARÍA PILAR POBLADOR MUGA*

El Mercado Central de Zaragoza fue inaugurado en 1903 [fig. 1], siguiendo las trazas del proyecto diseñado en 1895, por el arquitecto Félix Navarro Pérez (1849-1911), con el propósito de modernizar los abastos de una ciudad que, al traspasar el umbral del siglo XX, alcanzaba los cien mil habitantes. Ubicado sobre el solar que había ocupado durante siglos la antigua plaza del mercado, junto a la Puerta de Toledo, para su cimentación fue necesario remodelar y ampliar su superficie, así como vaciar el subsuelo de los restos de la antigua muralla romana, rediseñando la plaza de Lanuza, llamada así en recuerdo del último Justicia de Aragón.

Años antes, Ricardo Magdalena había levantado el Matadero Municipal, entre 1880 y 1884, en este caso para reunir el sacrificio y despiece de animales para el consumo. Ambas infraestructuras resultaban complementarias e imprescindibles para la mejora de las condiciones higiénico-sanitarias.

El Ayuntamiento encargó la obra del Mercado al prestigioso arquitecto Félix Navarro, un profesional que había demostrado un profundo conocimiento de las construcciones con estructura de hierro de fundición, tras haber erigido numerosas y aclamadas obras como el Teatro Pignatelli, levantado en 1878 y derribado por su carácter provisional en 1914, en pleno paseo de la Independencia. Además, se trataba de un hombre fascinado por las nuevas técnicas constructivas, hasta el punto de ser comisionado por la Diputación Provincial de Zaragoza para visitar la Exposición Universal de París, del año 1889, celebrada para conmemorar el Centenario de la Revolución Francesa. Para este excepcional evento se erigieron obras tan destacadas como la torre Eiffel y la gran Galería de Máquinas, fruto esta última de la colaboración de un grupo integrado por arquitectos e ingenieros, dirigidos por Ferdinand Dutert y Victor Contamin, que concibieron una espectacular estructura metálica de 115 m de anchura, 420 m de longitud y 48,324 m de altura. Fascinando ante tanta modernidad, en la *Memoria de la Exposición de París*, escrita a su regreso y publicada en edición facsímil por la Institución Fernando el Católico en 1996, Félix Navarro afirma con rotundidad que el siglo XIX es “el siglo del hierro”, porque en él está la base de la moderna arquitectura y del progreso.

* Profesora Titular en el Departamento de Historia del Arte. Universidad de Zaragoza. Dirección de correo electrónico: poblador@unizar.es.



*Fig. 1. Mercado Central de Zaragoza, 1903.
Fotografía: Coyne (Archivo Histórico Provincial de Zaragoza).*



Fig. 2. Les Halles, el gran mercado de París, proyectado por el arquitecto Víctor Baltard en 1863 y terminado de derribar en 1973. Fotografía: Albert Chevojon, 1922, Bibliothèque de l'Hôtel de Ville, Paris.

Sin lugar a dudas, durante su visita a la capital francesa, este enamorado de la arquitectura del hierro, también tuvo que disfrutar con el espectacular mercado de París, *Les Halles centrales* [fig. 2], comenzado a construir en 1863 por Víctor Baltard, durante el segundo Imperio de Napoleón III. Precisamente, el diseño de los pabellones de *Les Halles* constituyó el referente para la estructura del Mercado Central de Zaragoza, aunque con algunas diferencias, puesto que Félix Navarro concibió para la capital aragonesa un edificio con un concepto más decorativo, con gran profusión de detalles ornamentales; ya que, a su fascinación por las estructuras de fundición, sumaba su pasión por el Simbolismo y por la tradición popular aragonesa, dos ingredientes fundamentales en el pensamiento de la época. Por un lado, la importancia de entender la arquitectura como un medio para transmitir ideas o conceptos y, por otro, la exaltación de lo nacional o lo regional, como en este caso, de la patria y de lo vernáculo como proponía el Regeneracionismo, frente a la progresiva homogeneización de la sociedad industrial.

El edificio se asentó sobre un basamento en piedra negra de Calatorao y sus dos fachadas de fábrica de ladrillo de tradición local, en los dos lados cortos, fueron adornadas con columnas rematadas por capiteles, todo ello en piedra de la Floresta, esculpidos por el artista de origen catalán Jaime Lluch, que trabajó en la ciudad de Zaragoza, reuniendo un curioso repertorio iconográfico, alusivo a los productos agrícolas y ganaderos, como: un ave de corral muerta, dos peces cogidos por el anzuelo, cabezas de carnero, racimos de uvas, espigas de trigo, balanzas y cestas, entre otros motivos. Al interior, su planta rectangular se dividía longitudinalmente en tres naves, siendo la central de mayores dimensiones, de tal manera que la diferencia de altura permitía, como también sucedía en *Les Halles*, dejar la airosa estructura abierta, ejecutada por Fundiciones Pellicer y Juan, aportando una gran luminosidad. Completándose su ornato con adornos en hierro, obra de los cerrajeros artísticos Pascual González y los hermanos Lasheras, además de coloristas tarjetones de esmaltados, obra de Viñadó y Burbano, con dibujos de productos agrícolas y ganaderos.

Pero, con el paso de los años, su modernidad fue apagándose. La tiranía de los nuevos gustos y la especulación inmobiliaria, que se extendía por la España del desarrollismo, comenzó a cobrarse sus primeras víctimas en Zaragoza. Las casas de la plaza de Aragón, algunas viviendas de los céntricos y señoriales paseos del General Mola (hoy conocido como de Sagasta), de Ruiseñores, de la Independencia o de Pamplona, comenzaron a derribarse en aras de la renovación que demandaban los nuevos tiempos. En medio de esta vorágine destructiva, en el Plan General de Ordenación Urbana de 1957 se comienza a plantear la desaparición



Fig. 3. Campaña “Salvemos el Mercado”, 1977.

del Mercado Central, una propuesta que irá adquiriendo intensidad hasta llegar a la aprobación del Plan Especial de la Vía Imperial, en 1973, que proponía conectar la puerta del Carmen con el nuevo puente de Santiago, inaugurado en 1967. Para lograr este objetivo “sobraban” muchas construcciones molestas: la iglesia y convento de Ntra. Sra. del Carmen, las manzanas de los primeros tramos de la calle del Azoque y la situada entre las calles de Cerdán y de las Escuelas Pías, que desembocaban frente al Mercado Central. Todo ello iba cayendo y desapareciendo como las piezas de un implacable juego de dominó.

Así, el Mercado Central también se convirtió en un “obstáculo”



Fig. 4. Recogida de firmas durante la campaña “Salvemos el Mercado”, 1977.

y adquirió fuerza la idea de su derribo, al considerarlo un trasto anticuado, una vieja gloria de tiempos pasados. Pero muchos ciudadanos sensibles y amantes de su patrimonio clamaron ante este desatino, prestigiosos intelectuales y humildes comerciantes unieron sus fuerzas y comenzaron en 1977 la campaña “Salvemos el Mercado” [figs. 3 y 4], como así recuerda Ricardo Berdié en su trabajo *El Mercado Central de Zaragoza: Memoria contra el olvido, movimiento ciudadano versus desarrollismo y especulación*, presentado ante el Departamento de Psicología y Sociología de la Facultad de Económicas de la Universidad de Zaragoza, para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados (DEA), organizándose una exitosa recogida de firmas que alcanzó las 30.000 ó 40.000. El doctor Fernando Solsona, Sebastián Contín, Guillermo Fatás, Antonio Beltrán, el profesor Torralba, Santiago Lorén, Santiago Lagunas, Gonzalo M. Borrás Gualis, Isabel Álvaro Zamora, Marisa Cancela y otras muchas personalidades de la cultura defendieron de manera rotunda su conservación. La lucha por salvar el viejo Mercado dio sus frutos y en 1978, con su declaración como Monumento Histórico, se salvó de la piqueta.

Pero era necesaria su remodelación y en 1982 se presentó el proyecto, elaborado por el arquitecto José María Mateo Soteras, para adecuarlo a las nuevas necesidades comerciales y laborales, aunque sólo fue un maquillaje, nada acertado por cierto; ya que se cubrieron los puestos con una absurda infraestructura que disimulaba un ineficaz sistema de calefacción —dado que el edificio no disponía de fachadas cerradas, al estar solo cubiertas por unos entoldados que desde su origen facilitaban la ventilación, paliando los malos olores que pueden generar los productos perecederos, los laterales fueron parcialmente cubiertos por paneles de policarbonato que pronto oscurecieron, desluciendo su imagen exterior, donde además se acumulaba el polvo y la contaminación de los vehículos que transitaban de manera masiva sobre todo por su lado oeste—, obstruyendo la visión, casi totalmente, de la espectacular estructura de fundición, con sus arquerías y esbeltas columnas, impidiendo disfrutar de los adornos metálicos y de las delicadas cartelas de esmaltes.

Tras algunas obras de mejora para el almacenaje en sus sótanos, entre 2006 y 2008, finalmente en 2018 fue adjudicada su rehabilitación integral a la empresa Ferrovial Agromán. Esta vez con un final feliz, dado que el 5 de febrero de 2020, con la reinauguración el viejo y querido Mercado ha comenzado una nueva etapa en su historia [figs. 5 y 6], tras ser dignificada esta preciosa joya de la arquitectura del hierro; que ahora, con su estructura restaurada y totalmente cerrado con un acristalamiento, luce en todo su esplendor. La reordenación y disminución de los puestos, pasando de 160 a 78 (74 comerciales y 4 para los servicios de bar y cafetería), las

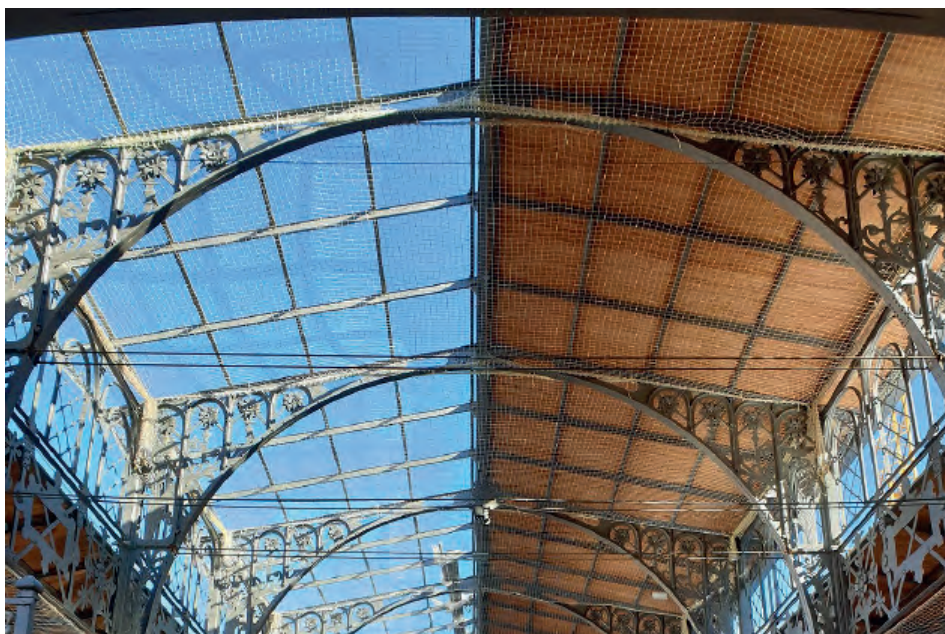


Fig. 5. Interior del Mercado Central durante las obras de rehabilitación ejecutadas por Ferrovial Agromán, febrero de 2019. Fotografía: <http://lasfotosdebeatrizbm.blogspot.com/2019/02/obras-mercado-central-de-zaragoza-3219.html>.



Fig. 6. Infografía de exterior del Mercado Central de Zaragoza, reinaugurado el 6 de febrero de 2020, con la nueva iluminación de led.

mejoras en la accesibilidad con dos ascensores de cristal en las fachadas laterales situadas al este y al oeste, para salvar las escaleras del acceso, y la reforma en el sistema de iluminación y calefacción, se han sumado para disfrute de zaragozanos y foráneos.

Desde estas páginas, solo nos queda desear larga y nueva vida al Mercado, esperando que este pequeño homenaje a un gran edificio sirva para recordar lo frágil que es el Patrimonio; ya que una decisión errónea puede ocasionar un derribo, una pérdida irreparable, arrancando una página de la historia, esa que se escribe no solamente con las grandes batallas y otros hechos relevantes, sino con la humilde crónica que relata el día a día de una ciudad y de sus habitantes.

Son meros trazos de un pequeño esbozo, el recuerdo de algunos datos en la crónica de un magnífico edificio que pudo sucumbir y desaparecer para siempre por causa de un proyecto absurdo, que en realidad ocultaba intereses especulativos, unos intereses que la mayoría de las veces se presentan disfrazados tras la máscara de un falso concepto de modernidad. Otras ciudades los han perdido, como *Les Halles* el gran mercado en París, que desapareció definitivamente en 1973 con el derribo de sus últimos pabellones, y otras los han rehabilitado como ha sucedido en Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia... Todo esto nos recuerda que la Historia de la Arquitectura no se escribe sólo con grandes catedrales, palacios y castillos, sino que también necesita de otros edificios, unas veces más funcionales y otras más humildes o modestos, ya que todos forman parte del ambiente de una época y reflejan, a la sociedad que los ha creado, como en el mejor de los espejos.

